

1

Soy el fruto malhadado de un embarazo histérico, y sorprendentemente, por raro que pueda parecer, no soy ningún histérico. De hecho, soy una persona bastante tranquila; algunos dirían que imperturbable. Soy alto y negro, y el mundo me ve parecido al señor Sidney Poitier, algo que mi pobre madre, trastornada y ya fallecida, no podía saber cuando nací y me puso por nombre No Soy Sidney Poitier. Nací al cabo de dos años de una gestación histérica, y quién sabe lo que pasa por la mente de una mujer embarazada que lleva tanto tiempo esperando el momento. Dos años. Al menos eso fue lo que me contaron.

Para que esta historia larga y triste quede abreviada y triste, así es como he colegido que ocurrieron las cosas: mi madre, célebre por sus ansias de tener un hijo, y también porque todos los que la conocían pensaban que era rara, extravagante y singular, y de la que todo el mundo sabía que no tenía pareja, un día anunció a sus vecinos, a los próximos y a los no tan próximos, que estaba embarazada. Éstos asintieron de una manera conveniente y comprensiblemente comprensiva, si no abiertamente condescendiente aunque benévola, pero más adelante, para gran sorpresa de todos, el horror de algunos y la perplejidad de la mayoría, la barriga de mi madre empezó a

hincharse. Según todas las fuentes, la barriga le creció muchísimo, pero después de los más o menos nueve meses de rigor, no había ningún bebé. Antes de cumplir, recumplir y requetecumplir, mi madre había sufrido dos abortos histéricos, y ambos eran de conocimiento público y objeto de broma, por lo que había muchos motivos para dudar. Más adelante, después de diez, once, doce meses, seguía habiendo tan solo una barriga de piel oscura, tensa como un tambor, que cubría lo que muchos creían que era una pelota de voleibol, de modo que todo el mundo consideraba que mi demente madre, a pesar de la teoría del voleibol, estaba sufriendo, o quizá perpetrando, otro embarazo histérico, o más probable y exactamente, otro embarazo insano. Al cabo de veinticuatro meses nací por fin, y no precisamente de manera silenciosa, fijaos en lo que os digo, pues mi madre despertó a mucha gente por esa emergencia, al principio llamando a sus puertas, después aullando como un coyote, de manera que mi aparición en el mundo, bien documentada, contó con la asistencia de unas pocas y perplejas personas, que se lo contaron a otras muchas igualmente perplejas, cuya actitud predominante fue la indiferencia.

Fue también, como podría sospecharse, un parto un tanto histérico. Los aullidos de mi madre alertaron a una vecina, que llamó a otra vecina, y pronto fueron tres, apiñadas como conspiradores en torno a mi madre despatarrada, contemplando sus partes íntimas, convencidas de que de allí no saldría nada. A una se le ocurrió llamar a un médico que vivía al final de la calle, y así lo hizo. El médico, un hombre bajito y que caminaba como un pato, con los ojos enrojecidos y no muy buen aspecto, llegó y formuló una pregunta bastante razonable:

—¿De cuántas semanas está?

—De ciento cuatro. —Eso lo dijo la primera vecina.

Todas las presentes, incluida mi madre, respaldaron esa afirmación, aunque las palabras exactas de mi madre fueron:

—¡Demasiadas! —Y a continuación soltó un aullido—. ¡Apartaos, chicas! ¡Lleva dos años formándose y ahora va a salir!

El médico, en su neblina de vino barato, pensó que estaban todas locas, mientras que las vecinas apiñadas creían que solo mi madre estaba loca. A continuación el médico sacó su estetoscopio y auscultó la tripa un buen rato. Volvió a ponerse en pie y dijo:

—Esta mujer va a dar a luz.

Otro aullido de mi madre.

—Y yo diría que de manera inminente.

—¿Quiere que hierva un poco de agua? —dijo una de las mujeres.

—Si no le importa —dijo el médico—. Me tomaría un té.

Pero mi llegada no fue inminente, como le habría gustado a mi madre, pues el parto acabó durando unas cuarenta horas, cuarenta horas durante las cuales pasó por casa un desfile de mirones y de curiosos que venían a felicitarla: algunos tomaban café, otros comían palomitas, y todos comentaban el extrañísimo periodo de gestación y la existencia aún más extraña de un bebé. Al médico le entristeció mucho que lo hubieran llamado, pues aunque había pronunciado el juramento hipocrático, se dijo que en aquel momento podría estar dedicándose a otras cosas, entre ellas terminar la botella que había abandonado, aunque las mujeres del vecindario finalmente se metieron en la cocina para preparar una gran cantidad de comida que él encontró de su gusto. De hecho, finalmente asomé, aunque quizás *asomar* no sea la palabra más indicada, pues primero aparecieron mis pies y por último mi inmensa cabeza, mis cinco kilos sin faltar ni un gramo, y casi desgarré a mi madre de lo lento que ocurrió todo. Sus chillidos llenaron las calles como chillidos.

El parto dejó estupefactos a todos los miembros de la co-

munidad, aunque tal vez no tanto como a mi madre, que me tuvo ni más ni menos que por una inmaculada concepción. Vieron periodistas incluso de San Diego, y un par de sociólogos y biólogos de la universidad se acercaron a echar un vistazo. La mejor explicación que encuentro es que mi madre padeció realmente un embarazo histérico, y que más o menos en el mes catorce consiguió encontrar y utilizar los órganos sexuales de mi padre (un término que por supuesto utilizo en el sentido zoológico más estricto), que pudo haber sido, o no, Sidney Poitier, y se quedó embarazada de verdad, y aquí estoy yo. La leyenda local estableció que yo había pasado veinticuatro meses en el vientre de mi madre, con lo que de niño casi nunca me llamaban por mi extraño nombre de No Soy Sidney, sino que me apodaban el Niño Elefante o alguna vez el Veintemesino, y en una ocasión un niño que había venido a Los Ángeles desde Ohio me llamó Boz el Veloz. A este último apodo nunca le vi sentido.

Tal como he relatado, mi parto fue como poco difícil y como mucho un infierno, y en cualquier caso algo aterrador, para mi madre una experiencia cercana a la muerte y para mí una cercana a la vida. Mi madre se obsesionó con la idea de que su embarazo no tenía por qué haber terminado de una manera tan dolorosa, y esa idea la condujo a una campaña que se tomó muy en serio, una campaña contra todos los nacimientos vaginales. Nuestra casa quedó permanentemente invadida de camisetas y carteles con la misma imagen y el mismo eslogan: una vagina dentro de un círculo con una línea que lo atravesaba y las siglas MAFDLC, que significaban ‘Madres a Favor de la Cesárea’.

Aunque mi madre, de nombre Portia Poitier, estaba indudablemente loca de remate y de manicomio, no carecía de recursos económicos. Quizá sencillamente tuvo suerte, nunca lo sabré, y por tanto vosotros tampoco. Cuando yo tenía dos años,

en 1970, invirtió todo el dinero del que disponía en una empresa poco conocida llamada Turner Communications Group, que luego se convertiría en la Turner Broadcasting System. Todo el dinero del que disponía eran unos treinta mil dólares, casi en su totalidad procedentes de la indemnización por un accidente que había sufrido en el ascensor de la empresa telefónica en la que trabajaba. En aquella época era mucho dinero, y para cualquier vecino de nuestro barrio, una fortuna. Resultó ser suficiente para convertir a mi madre en una persona asquerosa, obscena e inquietantemente rica. No tan *asquerosamente* rica como habría sido de haber vivido un poco más. En cambio, fui yo quien se volvió alucinante y *asquerosamente* rico. De hecho, mi madre tenía tantas acciones que Ted Turner en persona fue a hacerle una breve visita antes de que ella muriera. Yo tenía siete años, y me acuerdo de aquel hombre exaltado de piel blanca que irrumpió en nuestra casa como un tornado pálido, bigotudo y parlanchín.

—Qué hay, jovencito —me dijo con ese rápido acento del sur, seductor y alarmante al mismo tiempo—. Pareces un muchacho muy simpático.

Yo estaba de pie en el porche de nuestra casa cuando llegó, y acababan de pasar un par de chavales en bici gritando:

—¡Eh! ¿Dónde tienes la trompa, Niño Elefante?

Mi madre, que había hablado con Turner muchas veces por teléfono, lo llamaba Teddy.

Los vecinos nos observaban desde sus patios y ventanas. Mi madre, no por desconfianza sino por carácter, no le había revelado a nadie lo rica que era, y no gastaba más de lo que sería normal. Gastaba el dinero en cosas que apenas se veían si no entrabas en casa: libros, música y clases de idiomas para mí, y me compraba zapatos buenos y cómodos, y por tanto feos. Se gastaba cientos de dólares en un par de zapatos que nadie sospecharía que costaban más de treinta. Mis camisas Oxford

blancas y azules venían de Savile Row, Londres, me decía, aunque yo no tenía ni idea de qué importancia tenía eso. Yo solo sabía que odiaba aquellas camisas, una prenda que nadie más llevaba, y cada día anhelaba poder ponerme una camiseta o un jersey.

Turner chasqueó la lengua contra sus dientes increíblemente blancos y contempló el vecindario. Parecía sentirse cómodo consigo mismo y hacía que me sintiese cómodo en su presencia.

—Tu mamá es toda una mujer de negocios, ya lo creo, muchacho, menuda negocianta está hecha. —Alejé de una patada unos juguetes que estaban en medio del suelo—. ¿Estabas jugando al Lego? Me encanta el Lego. Cuando yo era niño no teníamos Lego, teníamos un juego de construcción de hierro. No creo que hayas visto ninguno. Me cortaba mis pobres dedos, y venga a salir sangre, había sangre por todos los tornillitos y las tuercas. Siempre me encantó construir cosas. ¿Eso que huelo son brownies? ¿No me digas que tu mamá también sabe hacer brownies? ¿No te encantan cuando acaban de salir del horno, calentitos y pegajosos y con ese olor celestial? Todos esos tornillitos y tuercas cubiertos de chocolate. Sí, menuda negocianta está hecha tu madre.

Así era él, y he de decir que me caía bien, y que él apreciaba sinceramente a mi madre y le encantaba que hubiera depositado tanta fe en su negocio. Y a mi madre también le caía bien, y lo llamaba Teddy, como ya he dicho. Cuando le preguntó por qué los chavales me llamaban Niño Elefante, ella le contestó que solo estaban celosos. Él masticó su brownie y se me quedó mirando; la respuesta pareció satisfacerlo.

—Dime, Portia, ¿qué clase de nombre es No Soy? —preguntó.

—El nombre es No Soy Sidney —lo corrigió mi madre.

Turner se quedó perplejo por un momento, asintió con su cabezón y rio.